

Retos y perspectivas de las universidades jesuitas en México

DAVID FERNÁNDEZ DÁVALOS, SJ*

Cuando sintió que la muerte le venía, Ernesto Sábato escribió *La resistencia*, un libro en donde reflexiona sobre la vida y las circunstancias que él había trascendido. Lo sorprendente, según comenta el autor argentino, es que en ese momento de su existencia se pusiera a escribir sobre la educación, a la que, sin embargo, entiende como el corazón de la sociedad, base para la justicia, la equidad y la humanización cabal.

Sábato propugna por una educación diferente, convencido de que “únicamente los valores del espíritu nos pueden salvar de este terremoto que amenaza a la condición humana”.¹ Son palabras muy fuertes, pero que tal vez tienen ahora una vigencia más maciza que cuando fueron escritas.

“Estamos indudablemente frente a la más grave encrucijada de la historia, ya no se puede avanzar más por el mismo camino”,² a riesgo de acabar con el planeta. El humanismo

que había caracterizado al pensamiento occidental está siendo minado por un escepticismo, expulsado por una racionalidad económica meramente productivista que todo lo arrasa. Agrega Sábato:

La primera tragedia que debe ser urgentemente reparada es la desvalorización de sí mismo que siente el hombre, y que conforma el paso previo al sometimiento y a la masificación. Hoy el hombre no se siente pecador, se cree un engranaje, lo que es trágicamente peor.³

La libertad, entonces, se encuentra seriamente amenazada, y sin ella nada vale la pena, porque nos ha sido dada para cumplir nuestra misión en la vida. El ser humano está encadenado a los valores y a las comodidades que nos ofrecen hoy la técnica y el mercado, y con frecuencia huye de la posibilidad de experiencias profundas como el amor o la solidaridad. Somos multitud

* Asistente de Educación de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, fue director del Centro Miguel Agustín Pro Juárez (1994-1998) y rector del ITESO (1998-2002).

1. Sábato, Ernesto. *La resistencia*, Seix Barral, México, 2002, p.12.

2. *Ibidem*, p.140.

3. *Ibid*, p.126.

masificada que mira aislada el televisor, que ha perdido la capacidad para mirar lo cercano, lo cotidiano. Se nos cierran poco a poco los sentidos, aturdidos como estamos de una información indiscriminada. Si no nos dejamos tocar por lo que nos rodea, no podemos ser solidarios con nada ni con nadie.

A principios del nuevo siglo el mercado se ha apoderado de la educación, lo que significa un serio riesgo; ya no se trata de un instrumento para luchar contra el sometimiento y la ignorancia sino de un bien que se adquiere, se posee, tiene un costo de producción, un valor de intercambio, y ese, precisamente, es el contexto en el que está nuestra universidad.

No son pocos los jóvenes que creen que el maestro les vende un conocimiento que les abrirá las puertas del éxito individual —igual que cuando van a la tienda y compran un pantalón Levi's. De esta manera, la educación tiende a concebirse ya no como un acto de justicia o cumplimiento de un deber de unas generaciones para las otras sino como un gasto, una inversión o un subsidio.

El derecho a la educación se está convirtiendo también en el derecho a tener servicios educativos. El proyecto de formar sujetos autónomos se transforma en la producción de recursos humanos, y los antiguos criterios de evaluación son ahora estándares de calidad. Así, los estudiantes se convierten en demandantes y clientes, como si lo fueran del agua o de la electricidad.

Los nuevos conceptos que impulsan a la educación hacia el mercado son la globalización y la sociedad del conocimiento o, como diría Jesús Martín-Barbero, del desconocimiento (de sus orígenes, culturas y valores).

La educación se vende como la vía privilegiada, abierta a todo el mundo. Antes, el horizonte de la escuela era el mundo del trabajo, hoy las empresas ya no pretenden generar nuevos puestos sino transformarlos y sustituirlos con nuevas tecnologías. No es gratuito que Sábato enfatice que en las escuelas debemos enseñar

[...] que vivimos en una tierra que tenemos que cuidar, que dependemos del agua, del aire, de los árboles, de los pájaros y de todos los seres vivientes, y que cualquier

daño que hagamos a este universo grandioso perjudicará la vida futura y puede llegar a destruirla. ¡Lo que podría hacer la enseñanza si en lugar de inyectar una cantidad de información que nunca nadie ha retenido, se le vinculara con la lucha de las especies, con la urgente necesidad de cuidar los mares y los océanos! [...] es crucial que comprendamos que la primera huella que la escuela y la televisión imprimen en el alma del chico es la competencia, la victoria sobre sus compañeros, y el más enfático individualismo, ser el primero, el ganador. Creo que la educación que damos a los hijos procrea el mal porque lo enseña como bien: la piedra angular de nuestra educación se asienta sobre el individualismo y la competencia. Genera una gran confusión enseñarles cristianismo y competencia, individualismo y bien común, y darles largas peroratas sobre la solidaridad que se contradicen con la desenfadada búsqueda del éxito individual para la cual se los prepara.⁴

Decimos junto con Sábato que las escuelas y universidades que favorecemos tienen que buscar “el equilibrio entre la iniciativa individual y el trabajo en equipo, que condenen el feroz individualismo que parece ser la preparación para el sombrío Leviatán de Hobbes cuando dice que el hombre es el lobo del hombre”.⁵ Tenemos que reaprender lo que es gozar, que no es ir de compras. Dice el pensador sudamericano que “un lujo verdadero es un encuentro humano, un momento de silencio ante la creación, el gozo de una obra de arte o un trabajo bien hecho”.⁶

Si no realizamos una educación que muestre la realidad desnuda y que promueva, a la vez, el desarrollo de facultades humanas que están deteriorándose, o a las que la razón instrumental ha menospreciado (la imaginación, la creatividad, la intuición o el juego), entonces habremos perdido al ser humano.

Frente a esta realidad cultural —un *ethos* que nos envuelve y es nuestro contexto— tenemos que postular una educación distinta y, por tanto, una universidad distinta. Sus diez rasgos, que son la concreción de la inspiración ignaciana para el México de hoy, son los siguientes:

4. *Ibid.*, pp. 78-80.

5. *Ibid.*, pp. 80-81.

6. *Ibid.*, p. 81.

1. La universidad ignaciana es histórica, lo que significa que no tiene un modelo único y para siempre, sino que se va descubriendo y construyendo en cada momento y contexto. Por eso, es un avance el acuerdo que tomamos entre las universidades Iberoamericana y el ITESO, en el que se estableció que no hay la obligación de tener los mismos programas curriculares. Lo anterior representó un escándalo para algunos, para mí, la oportunidad de que cada universidad se inserte en las condiciones concretas de su entorno y en las dinámicas sociales, políticas y económicas que su realidad le demanda. No existe un modelo que sea transportable de una vez y para siempre en todas las coordenadas geográficas; pero el que la universidad sea histórica también quiere decir que es actor que modifica su entorno y no sólo se deja llevar por éste (al atender al contexto histórico-político concreto puede determinar su propia identidad y misión). Decía Ignacio Ellacuría, SJ, que la gran asignatura de la universidad es la realidad históricamente considerada.

2. Comparte la misión de la Compañía de Jesús, que hoy formulamos como el servicio de la fe y la promoción de la justicia y la opción preferencial por los pobres que, más que una finalidad, es el desde dónde se realiza la misión universitaria. Se trata de mirar, actuar y optar desde el horizonte de los que menos tienen y que han sido excluidos. Peter-Hans Kolvenbach, preósito general de la Compañía de Jesús, señala que nadie debe tomar una decisión dentro de la universidad sin ver las repercusiones que tendrá para los pobres, y que lo mismo deben hacer nuestros egresados al llegar a una determinación profesional. La misión de los jesuitas en México se formula en nuestro plan estratégico 2001-2010, cuyos objetivos centrales son:

► Contribuir a la necesaria inculturación del evangelio y a la renovación de la iglesia y de la Compañía de Jesús, inspirados en el Concilio Vaticano II y en la misión pública

LA EDUCACIÓN

ya no es un instrumento de lucha contra el sometimiento y la ignorancia sino un bien que se adquiere, un valor de intercambio

y activa que Juan Pablo II y el episcopado han propuesto a la iglesia mexicana para el inicio del tercer milenio: más participativa, horizontal, servidora y pueblo de Dios.

► Participar en la defensa y promoción de la justicia social, de los derechos humanos y de la democracia real, uniendo nuestros esfuerzos con los de aquellos que buscan contrarrestar las manifestaciones y causas que generan una creciente pobreza, desigualdad, polarización y exclusión económica, política y social. Promover una cultura ciudadana participativa y acompañar los procesos de identificación, articulación y desarrollo de los sujetos sociales de cambio. En síntesis, crear ciudadanía responsable para el cambio social, la justicia y los derechos humanos.

► Impulsar un modelo de educación formal e informal al servicio de la fe y de la promoción de la justicia, vinculado a las crecientes necesidades de los empobrecidos, que respete y desarrolle las diversas culturas que integran nuestra nación y que contribuya a formar hombres y mujeres para los demás, de cara a la edificación de un mundo más justo y humano.

► Fortalecer nuestra espiritualidad, vida comunitaria y apostólica para realizar nuestra misión y colaborar con la de los laicos, mejorando la formación de ambos e incrementando nuestra relación.

La misión es transformar la realidad, pero de manera universitaria; no somos una organización no gubernamental (ONG) ni un partido político, por lo que ese cambio no se hace con un activismo militante sino con docencia pertinente, investigación propositiva y una vinculación con la sociedad.

3. Las universidades encomendadas a la Compañía de Jesús toman distancia del modelo meramente profesionalizante, porque no transforma la realidad — genera cuadros de relevo para que se hagan cargo de la misma—, y porque en el corazón de nuestra educación está la formación de personas, es decir, no de abogados sino de individuos que ejercen de abogados. Formamos las distintas dimensiones humanas: intelectual, espiritual, racional, creativa, afectiva, etc. Y si tomamos distancia de este modelo, entonces la gestión académica tiene que ser departamental, un asunto de principio no sólo de administración de lo académico, ya que centra su atención en un objeto de conocimiento, integra funciones sustantivas, es trasdisciplinar y permite ver más allá de las profesiones que son una cons-

trucción social que, queramos o no, obedecen a recortar la realidad y a verla de una determinada manera.

4. Una universidad distinta, ignaciana, propia, tiene que estar de cara a la realidad, lo cual significa que lo de afuera está adentro: como materia de reflexión, sistematización y demás (en lo que discutimos y nos interesa); pero también lo de adentro está afuera: el conocimiento que gestiona, crea, articula y difunde la universidad también fecunda el contexto social. Por eso, se pretende que el currículo sea flexible, que pueda incorporar el servicio social y las prácticas profesionales, que hacen que el conocimiento de aquí vaya para allá, a donde se necesita, y nos traiga la problemática de la realidad e incorpore la opción terminal, una reflexión permanente de carácter académico. De cara a la realidad significa que la universidad establezca como algo propio la relación con los actores sociales, políticos, económicos, culturales, gubernamentales y privados, y que construya saber compartido y pertinente que busque la verdad de manera colectiva.

5. Así como la generación del conocimiento es colegiada, también lo debe ser su gestión. Debe haber una normatividad clara y conocida sobre los niveles de decisión que corresponden a cada entidad; supone y requiere una circulación abundante de información en todas las direcciones, así como una participación y mecanismos que alienten la misma. Lo anterior, para que haya pertinencia socioprofesional y congruencia con los valores que sostenemos.

6. Nuestra universidad propugna la formación integral: deportes, cultura, instrucción valoral. Posibilitar que nuestros alumnos(as) enfrenten las preguntas últimas del ser humano, es decir, el misterio y la trascendencia, y reflexionen sobre el sentido de su propio ser. También nos abrimos a saberes no racionales como la intuición, la creatividad, la imaginación, destrezas tanto o más importantes que los saberes racionales para la vida. Buscamos la conjunción entre competencia técnica y compromiso social. El p. Kolvenbach establece que en nuestras instituciones educativas hay que garantizar la calidad académica, el compromiso social y la espiritualidad ignaciana. La educación no está centrada ni en el saber ni en el maestro ni en las cosas que se hacen, sino en el sujeto que aprende, una radicalidad muy importante.

7. Es una universidad para la transformación social. Como dice Fernando Savater, alguien tiene que hacerse cargo de

LA EDUCACIÓN ESTÁ tendiendo a perpetuar las diferencias: enseñanza buena para unos pocos y mala o mediocre para las mayorías

recoger el mundo tal como es y pasarlo a las nuevas generaciones, pero también hay que transmitir sus múltiples posibilidades. En el Sistema Educativo UIA-ITESO tenemos que llegar a formular un proyecto de país, ejercer una función crítica y propositiva de las realizaciones sociales concretas. El *magis* de Ignacio cuestiona toda realización, para después proponer algo mejor. Es una función incómoda, pero que corresponde a la universidad. Este proyecto de país integra y da sentido

a toda nuestra investigación y posgrado.

8. Tiene un perfil muy preciso de alumno(a). Preferimos la calidad a la cantidad, aunque no siempre sea posible por la necesidad de financiamiento. Queremos estudiantes que entiendan a la universidad más como una oportunidad de servicio y crecimiento personal que como un vehículo de ascenso social (que sí lo es, pero cada vez menos). La educación está tendiendo a perpetuar las diferencias: enseñanza buena para unos pocos y mala o mediocre para las mayorías. Queremos alumnos que entiendan a la universidad como una oportunidad de autotranscender, de ser mejores personas y, al mismo tiempo, de servir. No nos importa tanto de dónde vienen sino a dónde van. Lo digo porque con frecuencia critican que pregonemos la opción preferencial por los pobres, cuando la mayoría de nuestros alumnos son de las clases pudientes. Esto es así porque la educación superior de calidad cuesta mucho dinero (antes sólo era tener un pizarrón, gis y cuadernos, y ahora son las computadoras, laboratorios y doctorados, lo que cuesta mucho dinero y no tenemos un subsidio). Tampoco nos interesa tanto qué hacen los alumnos cuando están en la universidad (tal investigación o servicio social): importa más en dónde van a acabar y cómo terminarán pensando, lo que significa una apuesta a la libertad. También digo que necesitamos un grupo de alumnos pobres —plenamente asumidos como tales— que aporten lo suyo en nuestras universidades y que nos interpeleen; necesitamos indígenas, gente que proponga puntos de vista

distintos y actúe como catalizador de procesos y revulsivos, lo que nos trasforma. Es como sucede con los niños con necesidades de educación especial en las escuelas regulares (perdón por la comparación, pero el efecto es semejante), quienes con su sensibilidad trasforman las relaciones con los otros alumnos y generan actitudes de respeto, aprecio y solidaridad. Son situaciones difíciles, no todo es color de rosa, pero finalmente se van generando nuevas instituciones. Por ello, también creo que necesitamos un sistema de cuotas diferenciadas, sea crédito educativo o becas. Asimismo, nuestras universidades son elitistas porque son para un grupo que puede pagar esta educación de calidad, pero no son clasistas porque no fortalecen los valores de una clase social ni capacitan para la misma, sino para el conjunto de la sociedad, con todas sus contradicciones.

9. Tiene una pedagogía ignaciana (aunque el término esté muy desprestigiado en algunos círculos de nuestras universidades). No importa cómo se diga o se presente, queremos una pedagogía situada en la realidad, en donde lo principal sea el aprendizaje para la acción concreta transformadora. Esa es la pedagogía ignaciana, situada de cara al fin para el que somos creados, participativa, para la acción y en donde lo central es el proceso de apropiación que realiza el estudiante.

10. Los puntos anteriores constituyen y fundamentan nuestra inspiración cristiana, que no radica en que tenga servicios religiosos. Además, nos interesa nombrar a Jesús de Nazareth y hacer presente a Dios en los procesos universitarios porque nos parece importante y revela el sentido de lo que hacemos (tenemos capillas, servicios religiosos, hacemos misas e invitamos a los estudiantes a las misiones). Lo central de la inspiración cristiana está en que hagamos vida los valores del evangelio, en la atención al herido que está junto al camino, en la apertura a Dios. Pero la inspiración cristiana es tarea de toda la universidad y no sólo del Centro Universitario Ignaciano ni de los curas jesuitas, buenos o malos. Se trata de construir una universidad fundamentada y fundada en los valores del evangelio, de la verdad, la humildad, la compasión y la solidaridad.

Los rasgos que hemos nombrado constituyen la universidad distinta que creemos necesaria para el mundo de hoy. Hay universidades comercializadas, las que buscan el lucro

HAY UNIVERSIDADES comercializadas, las que buscan el lucro porque están pensadas como un negocio (las de “cochera”, que pululan por todo el país y deberían ser clausuradas por engañosas)

porque están pensadas como un negocio (las de “cochera”, que pululan por todo el país y deberían ser clausuradas por engañosas). Nosotros no somos ese tipo de universidad, no nos interesa. De hecho, no tenemos remanente redistribuible en las Iberos ni en el ITESO. Nadie se lleva ninguna utilidad porque todo se reinvierte en servicios y en desarrollo.

Pero tampoco somos otro tipo de universidades, legítimas, respetables y serias, que son las meramente empresariales, como el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM)

o el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), una oferta válida cuya intención es generar los cuadros de relevo en la empresa privada. Nos interesa y también formamos cuadros de relevo para las empresas privadas, pero no es nuestro objetivo central.

Hay otras universidades cuyo objetivo principal es transmitir un mensaje religioso y moral para unas conductas determinadas. Son una oferta válida, están haciendo su mejor esfuerzo, como la Universidad Panamericana (UP) o la Universidad Anáhuac (UA). No somos ese tipo de universidad. También nos interesa la evangelización, transmitir valores, proponer una ética y una moral, pero no es nuestro objetivo central.

Luego están las universidades públicas prioritarias, custodias del saber estratégico del país, que tienen muchos recursos e investigación, como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la Universidad de Guadalajara o la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). Ahí está el saber nacional y se desarrolla el proyecto de país. No somos, evidentemente, de estas. Tenemos algo de investigación, pero muy modesta. A estas universidades estratégicas hay que fortalecerlas con honestidad y transparencia porque son necesarias para el desarrollo nacional.

También están las universidades públicas de “manteni-

miento”, aquellas que abren una oferta educativa para que los chicos tengan dónde estudiar —y con ello se amortigüe la posibilidad de un conflicto social—, pero esas instituciones no tienen un papel relevante en el conocimiento ni en nuestra constitución como país (son muchas de las universidades estatales, por ejemplo).

Las universidades encomendadas a la Compañía de Jesús quieren ser universidades públicas de gestión privada, es decir, instituciones de educación que resulten estratégicas para el desarrollo del país; que se interesen igual por lo público que por lo privado; gestionadas de una manera transparente, y que estén al servicio del conjunto social. Lo anterior tiene concreciones en la oferta educativa que queremos ofrecer:

- ▀ Que esté entre el mercado de trabajo y el proyecto social que sustenta la universidad.

- ▀ Combinar formación general con particular o profesional. De los egresados de las universidades, 70% se dedican a otra tarea distinta para la que fueron formados. Tenemos que ofrecer un currículo universitario donde estén las principales destrezas que queremos empujar, las competencias para todos y también la formación profesional para ser abogado, administrador, contador, psicólogo, etcétera.

- ▀ El aprendizaje tiene que estar centrado en el sujeto y en el proceso que realiza. Ya no se trata de una acción unilateral del maestro al alumno (que transmite información y verifica que el segundo la recibió, y espera que la regrese de la misma forma en que fue emitida). Se trata de juntar espacios, contenidos, intenciones y acciones para el aprendizaje. El reglamento del personal académico del ITEXO establece que el mejor profesor no es el que trabaja mucho ni el que prepara mejor sus clases, sino el

**LAS
UNIVERSIDADES
ENCOMENDADAS**
a la Compañía de Jesús quieren ser universidades públicas de gestión privada, es decir, instituciones de educación que resulten estratégicas para el desarrollo del país

que hace trabajar al alumno de la manera más productiva para que aprenda.

- ▀ La revisión curricular nos da la oportunidad de salir de la universidad para generar espacios de aprendizaje más allá de las aulas. Lo de adentro-afuera y de afuera-adentro se traduce en cambiar el concepto de asignatura o conocimiento empaquetado que se transmite, para articular formatos, tiempos, conferencias, seminarios, estudio individual, talleres, prácticas de laboratorio, trabajo de campo y en equipo, recuperación de aprendizaje y diversión, lo que hemos de saber incorporar en nuestra revisión curricular.

Estos principios son ambiciosos, quizá radicales. Fernando Fernández Font, sj, rector del Instituto Lux de León, dice que “toda acción de amor es una acción desmesurada”. En efecto, el amor no tiene medida, es redundante, subversivo, transformador, utópico e incontrolable. La acción que propone la Compañía de Jesús, dice Ignacio, es finalmente una acción de amor porque tiene su último sentido en ver cómo Dios nos amó. Pablo Latapí señala que:

Mala es una educación en la que no cabe la compasión; mala también es aquella que llevada por el culto a la racionalidad, pretende que la existencia humana sea cabalmente inteligible e ignora sus contradicciones; mala la que aspira a formar un liderazgo que es autosuficiencia y separa de los demás; mala la que ignora que somos seres en el límite, algunas veces ganadores y muchas perdedores.⁷

La actual religión del *looser*, importada de Estados Unidos, contradice una educación que sirve para la vida, que prepara para triunfar y para sobrellevar las derrotas.

Nuestra espiritualidad es muy clara, es la de Ignacio de Loyola, la cual, como universidad, también nos capacita para intentar realizar lo que queremos hacer y estar preparados para triunfar y, si es el caso, para aprender de la derrota.

Cito el informe de la Comisión Delors para la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco): aprender a conocer, aprender a ser, aprender a hacer y aprender a convivir es lo central que hemos de transmitir en nuestras universidades. ■

7. Latapí Sarre, Pablo. “Los triunfadores”, en *Proceso*, núm.1289, 15 de julio de 2001, pp. 54-55.